

EL ESCEPTICO GRIEGO

EUGENIO SEGURA CORTES*

Según decían los escépticos antiguos, el escepticismo es una condición del espíritu tan vieja como Homero, pues, éste acostumbraba hablar diversamente de las mismas cosas y no hacía ningún juicio categórico sobre nada. Por la misma razón, algunos escépticos se negaban a ser llamados *pirronianos*, no obstante que Pirrón fundó, hacia el 330 a.n.e., una escuela donde se afirmaba que una cosa no es

menos esto que aquello, y todos buscaron siempre destruir las doctrinas de los otros sin establecer por su parte ninguna: *“nosotros no definimos nada y exponemos las teorías de los otros para mostrar por contraste nuestra reflexión más seria. Si fuera posible la mostraríamos de otra manera, mediante una afirmación y no por una negación, pero este no es el caso”* (D.L., IX, 10). Diógenes Laercio piensa que con esta expresión, *“nosotros no definimos nada”*, los escépticos *“manifiestan su equilibrio y su sabiduría”*, y resulta interesante reparar en que Epicuro admiraba la conversación de Pirrón y requería constantemente sobre él. Se cuenta aún que en algún momento Nausifanes dejó a Pirrón, admitiendo las posibilidades del materialismo. Pirrón se

* Profesor de Filosofía Griega y Lógica.

interesó por la pintura, solía viajar sin comunicarlo a nadie, ni se sabía adónde, y era respetado por la abundancia con que analizaba las cuestiones que acostumbraba discutir. Pirrón funda su escuela unos veinticinco años antes que Epicuro se instalara en Atenas o Zenón comenzara a enseñar en el Pórtico, es decir, escasos cinco años después que Aristóteles estableciera el Liceo como una escuela netamente distinta. Timón de Flionte, quien se dedicó primero a la danza y luego de estudiar lógica en Megara, viaja a Elis en busca de Pirrón, lo elogia en sus escritos reconociéndole haber superado la vana estupidez de los sabios, por “no haber buscado con los otros qué vientos soplan en Grecia, de dónde vienen todas las cosas y adónde van”.

Diógenes Laercio nos cuenta, sin embargo, que los filósofos dogmáticos considerando que no se debía juzgar según las circunstancias ni establecer leyes conforme a lo que se ve de las cosas naturales, acusaban a Pirrón y sus discípulos por concluir afirmando teorías y estableciendo dogmas, pues, en la experiencia práctica no acordaban el mismo valor a todas las representaciones y cuando declaran que no definen nada o que a todo razonamiento se opone otro, ellos mismos definen y afirman y son dogmáticos. Los escépticos disienten de los dogmáticos contemporáneos declarando que un argumento que concluye a partir de un principio no es una investigación, sino una afirmación, pues, de la misma manera puede argumentarse cosas imposibles (D.L., IX, 21), y afirman que “sobre lo que nos sucede en tanto hombres, lo sabemos bien, estamos de acuerdo que es de día, que vivimos y tantos otros hechos de la vida. Pero de todo aquello sobre lo cual los dogmáticos hacen afirmaciones apoyadas sobre razonamientos, de esto decimos que no estamos seguros y suspendemos nuestro juicio sobre tales cosas inciertas, porque sólo conocemos nuestras aficciones sin afirmar si tal es también la realidad. . . Cuando decimos ‘nosotros no definimos nada’ y otras expresiones semejantes no se trata de dogmas, pues esto no tiene nada de común con el hecho de decir que el universo es esférico. . . Nosotros aceptamos todo lo que aparece, pero no decimos que sea tal que nosotros lo vemos. . .” (D.L., IX, 26-27). En otras palabras, no es en absoluto cuestión de buscar lo que se tiene en el espíritu, pues, sería pretencioso pensar que alguna cosa no necesita demostración, y de todas formas deberíamos demostrar la creencia en tales objetos, ya que si se niega las demostraciones parciales estamos obligados a negar también la demostración general. En efecto, los escépticos piensan que “toda demostración es

hecha según cosas demostradas o según cosas que no lo son. Si es de cosas demostradas, estas mismas cosas necesitarán una demostración, y así indefinidamente. Y si es de cosas no demostradas, sean todas, algunas o una sola, el conjunto no ha sido demostrado. . . No es una demostración decir: ‘hay cuatro elementos, por esta razón hay cuatro elementos’” (D.L., IX, 20). En estas condiciones, según sucede con los medicamentos que al destruir la materia se destruyen ellos mismos, a todo razonamiento podría oponerse otro y otros argumentos del mismo género, pues, “a todo razonamiento examinado por mí en tanto que intenta fundamentar una aserción dogmática, me parece que se le opone otro discurso, que también pretende fundamentar una proposición dogmática y posee igual valor de credibilidad o no credibilidad” (Sexto, *Pyrr. hyp.*, I, 203). Así, por ejemplo, decía Carnéades, “si todo acontece por causas antecedentes, todo está conexo y enlazado por una concatenación natural, y si es así, todo deviene necesario, y si esto es verdad, nada está en nuestro poder. Pero hay algo en nuestro poder. Ahora bien, si todo acontece fatalmente, todo sucede por causas antecedentes, entonces no se produce fatalmente cualquier cosa que acontezca. Por lo tanto, Carnéades sostenía que ni aun Apolo podría predecir sino aquellas cosas cuyas causas las contuviera la naturaleza en modo tal que fuese necesario que acontecieran. . . Por eso, no preexistiendo en la naturaleza de las cosas las causas por las cuales fuese necesario que Edipo matase a su padre ni otro hecho del mismo género, Apolo no hubiese podido predecir la historia de Edipo. . . Por lo tanto, no se debe entender la causa de modo que cada antecedente sea causa, sino aquello que precede con eficacia, . . . ni Hécuba fue causa de la muerte de los troyanos por haber engendrado a Alejandro, ni Tíndaro a Agamenón por haber engendrado a Clitemnestra. Del mismo modo habría que considerar al viajero bien trajeado como causa de ser despojado por el asaltante” (Cicerón, *De Fato*, 31-34). La filosofía dogmática nos impide ver lo que es oscuro, fija todas las cosas en límites, y su misma forma de razón revela que la prueba formal es imposible, por un lado, porque lo sensible es común y la prueba particular, lo sensible concierne las diferencias y la prueba las relaciones, y por otro, porque sería inútil que la prueba inteligible fuera el signo visible de una cosa visible, ya que lo visible no necesita de un signo, ni podría ser el signo invisible de una cosa invisible, pues, lo revelado por algo debe ser visible, o el signo invisible de una cosa visible porque lo que permite aprehender una cosa debe ser visible y tampoco podría ser

el signo visible de una cosa invisible, pues, el signo debe ser aprehendido por el espíritu al propio tiempo que aquello de que es signo (D.L., IX, 23). En otras palabras, si hay una demostración necesitamos un criterio y para demostrar que es un criterio necesitamos una demostración, y todo ello invalida tal forma de razón, pues, hace las cosas incomprensibles (D.L., IX, 20).

Por el contrario, piensan los escépticos, las cosas no nos aparecen sino según las circunstancias y su disposición, tal como aparecen nos parecen solamente ser tales, y *“cuando investigamos si el objeto es tal como aparece admitimos que aparece, pues no indagamos sobre el fenómeno mismo sino sobre aquello que se dice sobre el fenómeno, lo cual es distinto a la indagación sobre el propio fenómeno. Así por ejemplo, admitimos que la miel parece darnos la sensación de lo dulce, porque tenemos la sensación de lo dulce. Pero si también es dulce es lo que investigamos por el razonamiento, lo cual no constituye el fenómeno sino lo que se dice en torno al fenómeno”* (Sexto, Pyrr. hyp., I, 19-20). Entonces, los escépticos manifiestan contra la filosofía dogmática que *nada es un bien o mal en sí*, pues, si hubiera tal cosa sería bien o mal, igualmente como la nieve es fría para todo el mundo, porque o bien todo lo que alguien encuentra bueno es un bien para todos o bien no lo es. No todo es bueno ya que la misma cosa es juzgada un bien por alguien y un mal por otro, como Epicuro y Antístenes sobre el placer, y si no juzgamos bien todo lo que es llamado un bien por alguien, deberíamos discutir y juzgar las opiniones diferentes, lo cual resulta imposible a causa del discurso contrario que muestra que lo verdadero no es más seguro que lo probable, quedándonos sin saber a la postre qué es el bien o el mal en sí (D.L., IX, 12, 26). Es evidente que, para los escépticos, el criterio puede ser de aquello que se admite por la creencia en la existencia o inexistencia objetiva de algo, o de aquello que se acepta para obrar. Según piensan, *“de la misma manera que acostumbramos decir que no hay lugar pero es necesario decir también que hay un lugar, no dogmáticamente sino de manera argumentativa”* (D.L., IX, 11), sólo podríamos afirmar el fenómeno y no que el ser en sí es así, que *“la apariencia es reina por todas partes que aparece”*, según decía Timón, y el criterio de orientación es lo que conocemos mediante nuestras afecciones, lo que nos persuade de ordinario y nos da sensaciones semejantes, que no cambia jamás o casi nunca, que nos cautiva o provoca nuestra admiración (D.L., IX, 12). Por esta razón, *“quizás nadie emite dudas so-*

bre el hecho que el objeto se nos aparece de esta manera o de aquella otra, pero en cambio se indaga sobre el problema si es tal como se aparece” (Sexto, Pyrr. hyp., I, 21-22). Ateniéndonos a los fenómenos, dicen los escépticos, de acuerdo a la costumbre y la práctica común de la vida, vivimos sin dogmas, pues, no podemos vivir absolutamente sin intereses (Sexto, ibíd., 22).

En consecuencia, ante la imposibilidad material de expresar formalmente la lógica objetiva de las cosas, sin ninguna imprudencia, los escépticos suspenden el juicio y se sirven de los razonamientos como medios, mostrando desde las apariencias mismas que no puede decirse el fenómeno mediante el juicio formal, y según es admitido por la filosofía dogmática como criterio de realidad conduce más bien a su propia contradicción y destrucción.

II

No obstante la importancia del pensamiento que hemos expuesto, es interesante reparar al propio tiempo que todo ello sucede cuando aún Epicuro no había mostrado que conocemos, en efecto, por la propia experiencia la parte de subjetividad que pueden comportar nuestras sensaciones, que el error no nace de la sensación, sino cuando algo no es confirmado o desmentido y no cuando es confirmado o no desmentido, y es lógico pensar que la distinción entre fenómenos y conceptos que llevara a los escépticos a la suspensión del juicio formal influyó considerablemente sobre el propio Epicuro. La doctrina materialista del conocimiento sucede a la crítica definitiva escéptica contra el dogmatismo especulativo, cuya inconsistencia consistía en negar que podemos establecer leyes conforme a lo que se ve de las cosas naturales y atribuir a la razón formal el criterio de realidad. Sexto solía decir, por el contrario, que *“aquel que afirma que los escépticos suspenden los fenómenos no ha logrado entender lo que nosotros decimos”* y Pirrón mismo pensaba que la razón *“no es otra cosa que una indicación dada sobre las apariencias o sobre lo que el espíritu imagina de cualquier manera que sea, indicación por la cual se compara todas las cosas entre ellas y que muestra en ellas una mezcla de gran confusión y contradicción”* (D.L., IX, 11). En otras palabras, los escépticos reafirman la apariencia, pero no conciben una doctrina del conocimiento que responderá a Epicuro desarrollar, pero vulnerizan el dogmatismo contemplativo desde la lógica misma de las cosas y mediante su propia forma de razón, es decir, haciendo surgir el carácter complementario y limitado de la lógica formal, cuyo análisis per-

mitirá después a Hégel y a Marx hablar de la lógica objetiva de las cosas, de las leyes de la forma, del reflejo dialéctico de las cosas en nuestra conciencia.

Esto que venimos diciendo resulta más sugestivo al considerar cómo la filosofía clásica especulativa evoluciona, en el período inmediato a la formulación del escepticismo, bajo la forma del dogmatismo estoico que pretende encontrar un lazo entre la prueba inteligible y la imagen sensible, concediendo por un lado, en perjuicio de Aristóteles, que la proposición sólo representa la inherencia de un predicado en un sujeto y no un evento particular que ocurre a un sujeto real e individual y negando, por otro, que las sensaciones sean en sí mismas suficientes, no obstante constituir, dice, el punto de partida de las representaciones que surgen en nuestra conciencia. La relación que existe entre las cosas significadas o expresadas y lo significado es, así, de naturaleza intelectual, pues, es inútil buscar la verdad en la relación con el objeto exterior, y entonces los estoicos declaran la existencia objetiva de *signos naturales*, de imágenes mentales evidentes por sí mismas como cuando digo “*si lo primero entonces lo segundo, pero lo primero, luego lo segundo*”, cuya causa no depende de nosotros mismos y reside fuera de las cosas. El criterio de la representación verdadera debe encontrarse en el propio carácter comprensivo de la representación, pues, “*nada sucede en este mundo que no dependa en todo de sí mismo y no tenga algo distinto a sí mismo como a su causa ni ninguno de los hechos que han de sobrevenir pueden estar desligados de los precedentes como para no seguir a ellos con el mismo carácter de necesidad*” (Alejandro Afrod., *De fato*, c. 22, p. 191, 30). El hombre es condenado fatalmente y deberá siempre coincidir con el designio de la razón que establece cada acontecimiento en el universo, que responde a un proceso de orden intelectual, la operación por la cual la razón pura de Dios concibe el curso de los acontecimientos aún antes de ser realizados en el exterior, y el conocimiento resulta un acto carente de espontaneidad. En tales condiciones, los estoicos concluyen afirmando que “*algunas cosas sensibles y algunas cosas inteligibles son verdaderas, pero las sensibles no lo son de modo directo sino por referencia a las correspondientes inteligibles*” (Sexto, *Adv. math.*, VIII, 10). Como decíamos, a pesar de que el estoicismo comprendía mejor las dificultades de la razón formal para expresar satisfactoriamente la propia lógica de las cosas, no obstante que la escuela escéptica se agota pronto con los pocos discípulos de Pirrón, la influencia material de su ataque contra la filosofía dogmática especulativa fue aún ma-

yor. Sin duda, el sistema estoico influirá durante siglos y todavía hoy; pero ello permitió a los propios griegos ahondar, mediante la crítica del dogmatismo estoico, la diferencia entre concepto y fenómenos, mostrando a partir de las apariencias por qué no puede decirse el fenómeno desde el juicio formal. Según se sabe, Aristóteles rompe con Platón declarando la imposibilidad real de un mundo inteligible más rico ontológicamente que el nuestro, que existiría por imitación, y funda en Atenas su escuela, unos cinco años antes que Pirrón instalara en Elis la suya. Sin embargo, en último análisis, la doctrina aristotélica no es sustancialmente diferente de la de Platón. Los méritos de Aristóteles son sin duda incuestionables, pero al igual que Platón continuó negando en su metafísica que pudiera haber ciencia de lo particular y rechazaba la sensación al proponer como criterio de realidad la proposición o universal, lo cual ciertamente le valió a él también los ataques de Pirrón. A tal punto vulnerizó el escepticismo la filosofía dogmática especulativa que el propio Liceo sufre una profunda crisis, originada en el rechazo de otros prejuicios aristotélicos, tales como la doctrina de la finalidad, y termina con la fundación del Museo en Alejandría, y en Atenas la Academia, recordando que Platón había sostenido constantemente que no puede haber ciencia del mundo sensible, sucumbe a una orientación escéptica radical.

Arcesilao sucedió a Crates en el escolarcado de la Academia y aunque hay bastante de exacto en la información transmitida por Sexto, quien cuenta que se decía de él: “*Platón adelante, Pirrón atrás, Diodoro en medio*”, la escuela tomó bajo su dirección una nueva orientación en su lucha contra el dogmatismo estoico y más aún luego en la formidable polémica de Carnéades contra Crisipo en torno a conceptos estoicos tales como necesidad y libertad, sobre la divinidad y la providencia y el problema del mal. Este período de la filosofía es llamado *nueva Academia* o *media* por aquellos que llaman *nueva* a su fase posterior ecléctica. Los filósofos de la Academia media, como Sócrates, no manifestaban cuál era su opinión y disputaban contra lo que expresaba cada uno, “*demonstrando que se hallan equilibradas las razones en sentido contrario sobre los mismos argumentos*” (Cicerón, *De orat.*, III, 18, 67; y *Acad.*, I, 45). Arcesilao declara contra los estoicos que ninguna representación que surge en nuestra conciencia es tan verdadera como para no poder ser falsa, pues, para cada una que parece verdadera se encuentra otra parecida que es falsa, y si la representación es, como dicen los estoicos, el *asentimiento* de la representación compre-

hensiva, entonces no existe, ante todo porque “el asentimiento no se da con la representación sino con la razón y a las proposiciones axiomáticas” (Sexto, Ad. math., VII, 153-154). La representación debería mostrarse a sí misma a la manera de la luz y ser indicadora de la evidencia que la produce, decía Arcesilao, pues, no siempre nuestras representaciones indican lo que existe en verdad y, en consecuencia, sólo podría admitirse la representación como criterio de realidad cuando sea verdadera, con lo cual “el criterio vendrá nuevamente a encontrarse en la representación común de lo verdadero y de lo falso, que no siendo comprensiva no será criterio” (Sexto, *ibíd.*, 162-164). Así, nos alejamos lentamente del escepticismo original, que consideraba indiferente si nuestras representaciones indican lo que existe en verdad, pues, “cuando tenemos representaciones diferentes decimos de cada una de ellas que es evidente en tanto apariencia y así nos asimos al fenómeno porque ellas son en efecto fenómenos” (D.L., IX, 28). Además, los propios filósofos dogmáticos habían censurado a Pirrón diciendo que si el escéptico juzga una de las dos representaciones diferente, sigue una de las dos, y entonces no acuerda el mismo valor a todas (D.L., *ibíd.*). No obstante, Arcesilao desarrolló, junto con Carnéades, una serie de pruebas importantes sobre la insubsistencia de la representación comprensiva que muestran una particularidad suya que la diferencia de todas las demás. Así, por ejemplo, si se llama comprensiva la representación que tuvo Heracles de su arco porque al tomar la visión de sus propios hijos por la del enemigo añade empleando el arco la acción consecuente, debería decirse igualmente que la proveniente de los hijos no difiere de ella, pues, fue recibida de la misma manera, no obstante que aquella que proviene del arco es verdadera mientras la de sus hijos falsa (Sexto, Ad. math., VII, 403-407). Por otro lado, mostrando el propio tiempo, sin embargo, la imposibilidad de la razón formal de distinguir entre la representación comprensiva y la incomprensiva y la ambigüedad que ellos creen encontrar en el objeto, estos escépticos académicos piensan que hay cuatro tesis que concluyen que nada puede ser conocido, percibido o comprendido: “que alguna representación puede ser falsa, que esto no se puede percibir, que de aquellas representaciones que no difieren entre sí no puede ocurrir que unas sean perceptibles y otras no y que no existe ninguna representación verdadera derivada de los sentidos a la que no se le oponga otra que no difiera en nada de ella y que no pueda percibirse” (Cicerón, Acad., II, 83); en otras palabras, porque “es imposible distin-

guir la representación comprensiva de la incomprensiva de los objetos semejantes por la forma pero diferentes por la sustancia”, por ejemplo, dos huevos sumamente idénticos, “¿cómo sabrá el sabio decir sin error cuál de los dos es el huevo mostrado, si el uno o el otro?”, o el caso de los gemelos (Sexto, Ad. math., VII, 409-410). No en vano dirá después Cicerón que aunque la máxima estoica: “no hay un cabello, no hay un grano que no sea totalmente igual a otro” puede refutarse, es inútil discutir y basta con saber que no produce ninguna diferencia el hecho que una cosa no difiera en absoluto en sus partes o bien que no sea posible distinguir aun en el caso que difiera (Cicerón, Acad., II, 85-87). En conclusión, “no existiendo ninguna representación que sea criterio de realidad, tampoco será criterio la razón”, pues, según decía Carnéades, “la naturaleza de las cosas no nos dio ningún conocimiento de los límites y en ningún caso podemos establecer dónde debemos detenernos. Y no sólo en el caso del montón de granos sino absolutamente en ninguno: rico pobre, claro oscuro, pocos muchos, grandes pequeños, largos breves, anchos estrechos, si somos interrogados sobre ellos a cada paso, jamás sabremos dar una respuesta cierta acerca de cuál es la agregación o la reducción que se necesita. Pero el sorites es un sofisma y si podéis, destruidlo para que no os moleste, pues os molestará si no tomáis precauciones. En guardia, dice Carnéades, ya que a Crisipo, cuando se le dirige a cada paso preguntas, por ejemplo si tres son muchos o pocos, antes de llegar a muchos le agrada, como ellos dicen, entregarse al reposo. Por lo que a mí se refiere descansa y ronca también, pero ¿acaso eso te beneficia? pues luego llega alguien que te despierta del sueño y te interroga del mismo modo: ‘dado el número sobre el cual has callado, si a ese le agregas uno, ¿se habrá convertido quizás en muchos?’ Sigue nuevamente adelante hasta que te plazca, ¿que más da? Confesarás, sin embargo, lo siguiente: que no puedes indicar ni el último de los pocos ni el primero de los muchos” (Cicerón, Acad., II, 92-93).

La filosofía en Grecia terminó en esa forma. Precisamente, Carnéades causó una viva impresión sobre los romanos fascinados por su elocuencia antitética, y se dice que fue él quien introdujo la filosofía en Roma en el 155 a.n.e., cuando viaja enviado por Atenas como miembro de la famosa embajada de los tres filósofos. Sin duda, los escépticos de la Academia media no negaron “los colores, los sabores o los sentidos, pero sí ha sido puesto en duda que en aquéllos haya una nota de lo verdadero y de lo cierto, que no se encuentra en ninguna parte” (Cicerón, Acad., II, 103). En otras palabras, los es-

cépticos académicos no sólo rechazan el conocimiento, sino la posibilidad misma del conocimiento, no niegan una tesis o la otra, niegan la una y la otra, y afirman que no podemos conocer nada, ni siquiera sabemos si sabemos algo o nada. Según dice Cicerón, Arcesilao “*empeñó cada una de sus batallas contra Zenón, no por obstinación o amor a la victoria sino por la oscuridad de aquellas cosas que habían conducido a Sócrates a la confesión de su ignorancia*” (Cicerón, *Ac. prim.*, 44), y se mantuvo más firmemente que Carnéades en la suspensión del juicio, pues, “*todavía ayer oíamos decir que Carnéades estaba habituado a deslizarse, a veces, a afirmar que el sabio opinará, es decir, a caer en el error*” (Cicerón, *Acad.*, II, 59). No obstante, en la propia Grecia hubo un cierto surgir del escepticismo pirroniano, con Ptolomeo de Cirene y sobre todo con Enesidemo de Cnosos, quien abandonara la Academia por el pirronismo. Siglos después, durante el período religioso de la filosofía, Sexto, quien pertenecía a la escuela de los médicos empíricos, unida al neopirronismo porque pensaban que en medicina es innecesaria la investigación de las causas, afirma que conviene limitarse a la observación de los fenómenos.

III

Timón de Filionte consideraba tres problemas como fundamentales: ¿cuál es la naturaleza de las cosas?, ¿qué actitud debemos adoptar frente a ellas?, ¿qué resultará de tal actitud? (Aristóteles, in Eusebio, *Praep. ev.*, XIV, 18). Los dogmáticos decían que cuando recibimos imágenes distintas producidas por las mismas cosas, como una imagen redonda y una cuadrada de una torre, el escéptico, si no prefiere una de las dos no podrá actuar y si prefiere una no atribuirá más un valor equivalente a ambos fenómenos. Según piensan los escépticos, sin embargo, “*cuando recibimos imágenes diversas diremos que unas y otras nos aparecen*”, y precisamente por eso afirman los fenómenos en tanto que aparecen (D.L., IX, 28). El escéptico no se considera absolutamente libre de turbaciones, pero dice que sólo es turbado por los hechos derivados de la necesidad y que los hombres comunes sufren doblemente sus efectos, “*por las afecciones mismas y no en menor grado porque opinan que estas circunstancias son malas por naturaleza*”, y dejando de lado “*las opiniones añadidas, que cada una de estas cosas sea un mal por naturaleza, logra liberarse con moderación mucho mayor. Por eso decimos que la finalidad del escepticismo es la imperturbabilidad en las cosas que se derivan de la opinión y la moderación de las afecciones en las derivadas de*

la necesidad” (Sexto, *Pyrr. hyp.*, I, 29-30). Por el contrario, “*quien opina que existe algo de bien o de mal por naturaleza se turba por todo: cuando se atormenta por cosas que cree males por naturaleza, cuando persigue los considerados bienes. Y si los obtiene sufre mayores turbaciones, porque se exalta más allá de toda razón y medida, y para no perder lo que considera bienes, temiendo el cambio, hace lo imposible*” (Sexto, *Pyrr. hyp.*, I, 25-26). Timón decía que al escéptico le ha sucedido lo que se narra del pintor Apeles: “*pintando un caballo y queriendo imitar con la pintura la espuma le resultó tan mal que renunció a su propósito y arrojó contra el cuadro la esponja con la que limpiaba los colores del pincel y dando ésta contra el caballo produjo la imitación de la espuma*”, pues, el escéptico “*esperaba alcanzar la imperturbabilidad por medio de la definición del contraste entre los fenómenos y conceptos y no logrando hacerlo suspendió el juicio, y de la suspensión del juicio, casi por azar, sobrevino para él la imperturbabilidad, del mismo modo que la sombra al cuerpo*” (Sexto, *Pyrr. hyp.*, I, 27-28).

Los escépticos consideraron que después de esto era necesario indagar también en la conducta de la vida, que no puede darse sin un criterio de verdad. Arcesilao dice que “*quien suspende el juicio sobre todo regulará elecciones, repudios y acciones en general con el criterio de lo plausible, y procediendo de acuerdo a este criterio obrará rectamente, pues por medio de la prudencia se logra la felicidad y la prudencia se halla involucrada en el dominio de las acciones rectas y la acción recta es aquella que realizada tiene una justificación plausible*” (Sexto, *Adv. math.*, VII, 158). Por su parte, interrogado también acerca del criterio de conducta de la vida y conquista de la felicidad, Carnéades desarrolla la idea y afirma que la representación tiene dos aspectos, uno relativo al objeto respecto al cual es verdadera o falsa, el otro al sujeto respecto al cual parece verdadera o falsa y entonces la representación puede ser y parecer verdadera, ser falsa pero parecer verdadera o ser el verdadero común a los dos casos citados. Sin embargo, como la representación nunca es simple, “*el segundo criterio será la representación persuasiva y al mismo tiempo no contradicha. . . En efecto, creemos que éste es Sócrates porque contiene todas las características habituales por las cuales es tal que nadie puede confundirse con él, y tal como algunos médicos comprenden quién tiene fiebre realmente no sólo por un único síntoma sino por el concurso de todos, así el académico juzga la verdad por el concurso de*

las representaciones y si ninguna de las representaciones concomitantes la contradice como falsa dice que es verdadero lo que le parece. . .". Además, continúa Carnéades, más que la representación no contradicha "es perfecta y generadora de juicio la

que al no ser contradicha agrega también el ser examinada en cada una de sus partes. . ., por ejemplo, los elementos concurrentes en un juicio: el juzgante, el juzgado y el medio a través del cual se juzga" (Sexto, Adv. math., VII, 166-189).